

282. —¿Qué te ha pasado?—No lo sé, parece que las harpías se posaron en mi mesa.

Acontece que un hombre lleno de moderación se ve acometido de locura furiosa, y rompe platos, y tira la mesa, y grita, y se enfurece é injuria á todo el mundo, y se retira, por fin, á un rincón, avergonzado de sí mismo. Á un rincón... ¿para qué? ¿para morir de hambre en la soledad? ¿para suicidarse con su recuerdo?

Aquel que tiene una alma elevada y escrupulosa y no halla el alimento que necesita, correrá siempre grave riesgo, pero hoy más. Verse envuelto en una plebe estrepitosa con la cual no puede comer en el mismo plato, es lo más á propósito para morir de hambre, ó de sed, ó de asco.

Todos nosotros hemos tenido que aguantar alguna vez comidas que no eran para nosotros, y precisamente los más espirituales entre nosotros, los más difíciles de alimentar, conocen muy bien esta «dispepsia» peligrosa que proviene de ver la mala calidad de la comida y de la sociedad que nos rodea: es la *náusea de los postres*.

283. Es una manera delicada y aristocrática de dominarse á sí mismo el alabar, supuesto que deba alabarse, solamente cuando no se va de acuerdo con los demás; en otro caso, se alabaría uno á sí mismo, lo cual es contrario al buen gusto. Sin duda, es un dominio de sí mismo que fácilmente puede ser mal comprendido. Para poderse permitir este lujo de buen gusto y de moralidad, es necesario no vivir entre imbéciles, sino entre personas cuyas equivocaciones y errores diviertan á lo menos por su finura; porque si no, tendrá uno que arrepentirse amargamente. «El me alaba; luego me da la razón». Esta lógica de asno nos

amarga la vida, porque hace vecinos y amigos nuestros á los asnos.

284. Vivir en una indiferencia inmensa y orgullosa, siempre en el más allá; tener y no tener según capricho sus propias emociones, sus pros y sus contras; inclinarse y descender á ellos de cuando en cuando; ir sentado en ellos como en caballos, y á veces como en asnos, es decir, aprovecharse de su estupidez y de su fogosidad; conservarse á sí mismo las trescientas supercialidades, y los anteojos ahumados, ya que nadie debe leer en nuestros ojos y mucho menos en nuestros motivos; escoger por compañía este vicio enano y bonito que se llama cortesía; poseer las cuatro virtudes, valor, previsión, compasión y soledad, ya que la soledad es una virtud, un estímulo sublime para la pureza, y nos permite adivinar cuán impuro es el contacto de hombre á hombre, el contacto de la sociedad, (pues toda «sociedad» en todo tiempo y lugar concluye por ser plebeya), he aquí normas de conducta para los escogidos.

285. Los más grandes sucesos y las más grandes ideas (las más grandes ideas son los más grandes sucesos), se comprenden muy tarde: las generaciones contemporáneas no los *viven*, aunque viven cerca. Acontece en la vida, como en el reino de los astros. La luz de las estrellas más lejanas llega tarde á nosotros; y entre tanto, el hombre *niega* que tales estrellas existan. «¿Cuántos siglos necesita un espíritu para ser comprendido?» También esta es una medida, también con esto se crea una jerarquía, así entre los espíritus como entre los astros.

286. «Aquí la vista es libre, el espíritu elevado». Mas existe también otra especie de hombres, los cuales se hallan en alto y con el horizonte libre, pero que miran hacia abajo.

287. ¿Qué es lo aristocrático? ¿Cuál es hoy el significado de esta palabra? En este cielo pesado y nebuloso y plomizo, ¿cuál es el carácter que distingue al hombre aristócrata? No son las acciones las que le revelan (las acciones están siempre sujetas á múltiples interpretaciones), y mucho menos las obras. Entre los artistas y hombres de ciencia, hallamos hoy muchos cuyas obras encarnan cierto ardiente deseo de lo aristocrático; mas precisamente, este deseo, esta necesidad de lo aristocrático, es fundamentalmente diversa de las necesidades del alma propiamente aristocrática, y es la característica más elocuente y peligrosa de lo que falta. No las obras, sino la fe, determina la jerarquía (he aquí un significado nuevo y más profundo de una antigua fórmula religiosa). El alma aristocrática posee la fe en sí misma; y esta fe no se puede perder ni hallar. El alma aristocrática tiene veneración de sí misma.

288. Hay ciertos hombres condenados á tener ingenio, aunque para esconderlo, pongan la mano delante de los ojos (á través de la mano se trasluce). Siempre se averigua que quieren esconder algo, el ingenio.

Uno de los medios más exquisitos para engañar y para hacerse creer uno más tonto de lo que es (cosa tan útil en la vida como un paraguas), se llama *entusiasmo*, acompañado de la virtud. Porque, como dice Galiani: «La virtud es entusiasmo».

289. En los escritos de un solitario siempre hay algún eco del desierto, el murmullo y la mirada tímida de la soledad; hasta en sus expresiones más enérgicas, en sus gritos, resulta siempre una nueva especie de silencio y de mutismo, nueva y más peligrosa. El que por años enteros, de día y de noche, estuvo en conversación y en discusión íntimas, él y su alma á solas; el que en su propia cueva, que tanto puede ser un laberinto como una mina de oro, vino á ser un oso, ó un investigador de tesoros, ó un mastín que los guarda; todas sus ideas se revisten de cierto color crepuscular y exhalan cierto olor de profundidad y de fango, algo de incomunicable y de repugnante, algo que sopla como viento helado. El solitario nunca creará que un filósofo (aun admitiendo que el filósofo sea, en primer lugar, un solitario) haya expresado en los libros sus opiniones definitivas: ¿por ventura no se escriben los libros para esconder lo más íntimo? Sí, él dudará que un filósofo pueda tener opiniones propias y definitivas, y sospechará que más allá de su caverna se esconde otra más profunda, un mundo más vasto, más extraño, más rico, por debajo de toda profundidad, de todo «fundamento». Toda filosofía, es una filosofía de la superficie; esta es la convicción del solitario: «hay mucho de arbitrario, si él se ha detenido aquí, mirando atrás y en derredor, si no ha excavado más profundamente, si ha arrojado la piqueta.» Toda filosofía sirve para esconder otra filosofía: toda opinión es un escondite, toda palabra una máscara.

290. El profundo pensador teme más ser entendido que ser mal entendido. En este último caso sufre su vanidad; pero en el primero, sufre su corazón y su

compasión, y se dice á sí mismo: ¿Mas por qué queréis llevar vosotros mi peso?

291. El hombre, animal múltiple, embustero, artificioso é impenetrable, terror de los demás animales, no tanto por su fuerza como por su astucia y prudencia, ha inventado la buena conciencia para gozar de la sencillez de su alma: toda la moral es una falsificación audaz y perenne, mediante la cual es posible un goce en la contemplación del alma. Desde este punto de vista, en el concepto «arte» se comprenden más cosas de lo que generalmente se cree.

292. Un filósofo es un hombre que constantemente experimenta, ve, oye, sospecha, espera y sueña cosas extraordinarias; un hombre á quien chocan sus propias ideas como si vinieran de fuera, de lo alto ó de lo bajo, como sucesos á él sólo reservados y que le hieren con la fuerza del rayo; quizá él mismo es una tempestad preñada de rayos, un hombre fatal en derredor del cual se oye incesantemente el estallido del trueno.

Un filósofo es ¡ay! un ser que huye de sí mismo, que tiene temor de sí mismo, pero que es demasiado curioso y vuelve siempre á sí mismo.

293. Un hombre que dice: «esto me agrada, yo me lo apropio, quiero defenderlo y protegerlo contra todos»; un hombre que puede desposarse con una causa y cumplir una resolución, y mantener su fe en una idea, y tener unida una mujer, y castigar y abatir un temerario; un hombre que tiene su cólera y su espada, y que sirve de refugio á los débiles y oprimidos y á los animales; en una palabra, un hombre que nació

«amo»; si tal hombre se compadece, esta compasión es de valor. Pero ¿qué vale la compasión de los que deben ser ellos compadecidos? ¿ni la de aquellos que predicán la compasión?

Hoy en Europa se halla una sensiblería morbosa para el dolor, y al mismo tiempo una intemperancia fastidiosa en el lamentarse, una afeminación que se da aires de superioridad bajo la máscara de religión y de orgullo filosófico; se ha decretado un verdadero culto al sufrimiento. La afeminación que se bautiza con el nombre de compasión, es, á mi ver, lo primero que salta á la vista en ciertas tertulias sentimentales. Es necesario desterrar este mal gusto de última moda; y por mi parte, deseo llevar en el pecho el amuleto del «gay saber» y de la «gaya ciencia».

294. *El vicio olímpico.* A despecho de aquel filósofo, que, como buen inglés, trató de calumniar la risa, diciendo: «la risa es una gran enfermedad de la naturaleza humana, de la cual deberá curarse todo pensador» (Hobbes); yo me permitiré, por el contrario, clasificar á los filósofos según lo que participen de la «risa», hasta llegar á aquéllos que son capaces de una risa *áurea*. Y si suponemos que también los dioses se ocupan de filosofía, (á cuya opinión me siento inclinado por muchas razones), no dudo que sabrán reirse de una manera nueva y sobrehumana; sobre todo de las cosas más serias! Los dioses son aficionados al sarcasmo; hasta en las cosas sagradas parece que no pueden contener la risa.

295. El genio del corazón, según lo posee este gran misterioso, este dios tentador y escudriñador de las conciencias, cuya voz sabe descender hasta el mundo

subterráneo de todas las almas; y que no dice una palabra ni aventura una mirada donde no se halle una seducción; y cuya maestría consiste en las apariencias, no en aparecer lo que es, sino lo que obliga á los demás á seguirle; el genio del corazón, que hace enmudecer todas las voces altas y vanidosas y enseña á escuchar en silencio, que pule las almas rugosas y las hace saborear un nuevo y ardiente deseo, el deseo de estar tranquilas como las aguas de un lago, para reflejar las estrellas del profundo cielo; el genio del corazón que enseña delicadeza á la mano, que adivina el tesoro escondido ú olvidado, y la gota de bondad ó de dulce espiritualidad encerrada en la costra del hielo; el genio del corazón que es una varita mágica para toda pepita de oro contenida en el fango ó en la arena; el genio del corazón á cuyo contacto se siente uno más rico, no agradecido y sorprendido, no beneficiado y aplastado como por extraños bienes, sino más rico en sí mismo, sintiéndose mayor y más nuevo que antes, purificado, penetrado y besado por el zéfiro, quizá más incierto, más delicado, más frágil, más quebrantado, pero lleno de esperanzas todavía sin nombre, lleno de voliciones y corrientes nuevas, de contracorrientes y de contravoliciones nuevas; ¿pero qué es lo que hago, amigos míos? ¿de qué os estoy hablando? ¡No me acuerdo de deciros su nombre! A no ser que vosotros le hayáis adivinado, el nombre de este dios y de este espíritu extraño á quien alabo de tal manera. Como sucede á todos aquellos que desde su infancia se hallaron de viaje y entre personas extrañas, así acontece á mi vida, la cual ha versado con espíritus de toda clase, singulares y á veces peligrosos; pero sobre todo, con aquél de que os estaba hablando, y que era nada menos que el dios *Diónisos*, el

gran dios ambiguo y tentador, al cual, como sabéis, he sacrificado con todo secreto y veneración mis primicias, (siendo, quizá, el último que le sacrificara, pues no hallé quien me comprendiera). Entre tanto, he aprendido muchas cosas, demasiadas cosas, acerca de la filosofía de este dios, y las he oído de su boca, yo, el último discípulo, el último iniciado del dios *Diónisos*; y me parece tener algún derecho de daros á vosotros, amigos míos, un ensayo de esta filosofía. Pero á media voz, amigos míos, porque se trata de cosas secretas, muy secretas, nuevas, extrañas, siniestras. Ya el hecho de ser *Diónisos* filósofo, y de ocuparse los dioses acerca de filosofía, me parece cosa nueva que da mucho que pensar y que los filósofos acogerán con desconfianza. Entre vosotros, amigos míos, no hallaré grande oposición, á no ser que llegue tarde ó en hora inoportuna: porque hoy vosotros, según he podido adivinar, creéis mal de grado en Dios y en los dioses. Y quizá también porque en la sinceridad de mi narración habré de abstenerme de todo lo que pueda ofender á vuestros oídos.

Es cierto que el susodicho Dios iba muy lejos en tales coloquios y me dejaba siempre muy atrás.

Y si fuera lícito conferirle, á usanza de los hombres, epítetos solemnes y virtuosos, debería yo alabarle mucho por su valentía de explorador y descubridor, por su peligrosa honestidad, por su sinceridad y por su amor á la sabiduría. Pero de todas esas bagatelas no haría caso un Dios. «Deja eso—me diría—para tí y para tus semejantes, que yo no lo necesito; yo no tengo ningún motivo para esconder mi desnudez.»—Y se comprende: ¡quizá esta especie de divinidads y de filósofos carecen de pudor! En otra ocasión me dijo: «En ciertas circunstancias amo al hombre

—aludía á Ariadne que estaba presente;—el hombre me parece un animal noble, valiente é ingenioso, que no tiene igual en la tierra, y que sabe hallar el hilo de todos sus laberintos. Yo le quiero bien: á veces discurro cómo podría hacerle progresar más, hacerle más fuerte, más maligno y más profundo.»—«¿Más fuerte, más maligno y más profundo?» pregunté yo espantado.—«Sí; más fuerte, más maligno, más profundo, y también más bello»—añadió el dios tentador, sonriendo con su risa alciónica, como si en aquel punto hubiese dicho una cosa en extremo gentil.

Por donde vemos que aquella divinidad no sólo carece de pudor, sino que también... en muchas cosas podrían los dioses todos aprender algo de los hombres. Nosotros los hombres somos... más humanos.

296. ¡Ay de mí! ¿Qué es de vosotros, pensamientos míos, escritos ó pintados? ¡No ha mucho erais todavía multicolores, jóvenes, maliciosos, puntiagudos, llenos de salsas picantes, hasta el punto de hacerme estornudar y reír! Mas ahora, ya estáis despojados del manto de la novedad, y algunos de vosotros, témomelo, están prontos á traducirse en verdades: ¡cuántos de vosotros tienen ya la apariencia de inmortales, de honestos, de llorones, de fastidiosos! ¿Y cuándo no sucedió lo mismo?

Nosotros, mandarines del pincel chino, inmortalizadores de las cosas, de las cosas que se dejan escribir, ¿qué es lo que podemos escribir ó pintar por nosotros mismos? ¡Ay de mí! Solamente aquello que está ya á punto de corromperse y que perdió ya su fragancia.

¡Ay de mí! ¡no somos más que nublados que se desvanecen y huyen! ¡no somos más que sentimientos tardíos y pálidos! ¡Ay de mí! ¡no somos más que pajari-

llos cansados de volar, y de volar alto, que ahora se dejan coger con la mano, con *nuestra* mano! Nosotros immortalizamos lo que no podrá tener larga vida, lo que no podrá volar: enfermedades y cansancios. Y no sólo para vuestro ocaso ¡oh pensamientos míos, escritos ó pintados! tengo yo colores, muchos colores, muchas pinturas multicolores, mil gradaciones de amarillo y de gris, de verde y de rojo: con todo esto, nadie podrá adivinar cómo me aparecísteis vosotros en vuestra aurora, ¡oh, vosotros, centellas inesperadas, prodigios de mi soledad! ¡oh, vosotros, mis antiguos, adorados, malignos pensamientos!